

gencias que elevaban los costes, normalmente inasumibles por las arcas locales. Frente a la proliferación de cuarteles en el reino, los proyectos para la ciudad de Valencia apenas prosperaron. Para alojar escuadrones de caballería se planeó adaptar la Ciudadela y levantar un cuartel junto a San Pío V y los jardines del palacio Real. Pero el proyecto más polémico fue remodelar la Lonja, donde se alojaban compañías desde 1707, para convertirla en austero cuartel de infantería, lo que habría alterado irreversiblemente su fisonomía. Afortunadamente, y mediando la oposición del ayuntamiento secundado por el corregidor, el proyecto no se llevó a cabo (PALOP, 2008).

La Germanía

[RAFAEL BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO –UVEG–]

El cambio dinástico que trajo a la dinastía austriaca en la persona de Carlos I provocó serias alteraciones tanto en la Corona de Castilla como en la aragonesa. Las Comunidades de Castilla y la Germanía de Valencia convulsionaron los inicios del reinado de Carlos de Habsburgo. Tradicionalmente se ha calificado a la primera como una revolución, mientras que la Germanía era considerada como una revuelta de carácter social. Las recientes investigaciones han modificado esta caracterización al mostrar la importancia de las reivindicaciones políticas de la Germanía.

Si bien la Germanía responde inicialmente al malestar socio-profesional de los menestrales urbanos, afectados por dificultades productivas, sus reivindicaciones fueron de carácter político. Sectores de las clases medias, como el artesanado urbano y en especial los maestros, que lideraron el movimiento, demandan una mayor participación en la gestión de la política municipal, que había sido acaparada por las oligarquías que constituían el patriciado urbano. Entre 1515 y 1520 una serie de factores concatenados harán que esta reivindicación se imponga de forma inmediata. Entre ellos, la piratería que afectaba a las costas valencianas. Para hacerle frente Fernando II ordenó el rearme del reino. En el verano de 1515 dio las órdenes pertinentes: la Generalitat, los municipios, los gremios, e incluso los particulares debían armarse bajo la supervisión de los agentes del rey. Su muerte en enero de 1516 paralizó los proyectos y abrió una compleja etapa de transición, que fue aprovechada por la oligarquía ciudadana de Valencia para liberarse del control real que el Católico había impuesto en la elección de los jurados, responsables principales de la gestión municipal. En este marco de tensión se insertó una crisis de subsistencia, que alcanzó su máximo en 1519, y se solapó con una epidemia de peste. Ambos fenómenos contribuyeron al malestar social. En este momento, y ante la creciente amenaza de los piratas norteafricanos, Carlos I se limitó a proponer que el reino costeara tropas mercenarias. Los diputados de la Generalitat se negaron a aportar los cuantiosos fondos necesarios. Entonces, sin órdenes precisas del rey, los oficiales reales del reino de Valencia, aplicaron la orden de armamento que Fernando el Católico había dado en 1515. Los gremios aceptaron la petición, adquirieron armas, se organizaron militarmente y configuraron una estructura superior de coordinación y actuación: la Junta de los Trece. La constituían trece representantes de los gremios de la capital y de inmediato actuaron como un poder paralelo e independiente de los tres estamentos del reino.



La Germanía comenzó contando con las bendiciones del gobernador Cabanilles, refrendadas poco después por el mismo rey y el Consejo de Aragón. No significaba, por tanto, ninguna deslealtad, sino todo lo contrario, un apoyo a la política real, y así lo hicieron ver al desfilar ante Adriano de Utrecht, enviado como representante suyo por Carlos, y cuyo juramento los estamentos se habían negado a aceptar.

Entrevista de los síndicos de la Germanía con Adriano de Utrecht, de José Benlliure. Colección Pictórica de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia.

La Junta de los Trece quiso de inmediato conseguir el respaldo real. Y de forma sorprendente lo logró. La embajada a la corte del tejedor Guillem Sorolla, uno de los miembros de la junta y líder radical de la Germanía, obtuvo el respaldo de los consejeros flamencos y del Consejo de Aragón, de manera que el rey, el 25 de noviembre de 1519, autorizaba el armamento del pueblo y que pudieran reunirse sin autorización del gobernador. Detrás de estas concesiones estaba la búsqueda de apoyo en el sector popular para lograr vencer la resistencia de los estamentos a que el rey pudiera jurar los fueros por delegación. La Germanía había comenzado, pues, contando con las bendiciones del gobernador Cabanilles, refrendadas poco después por el mismo rey y el Consejo de Aragón. No significaba, por tanto, ninguna deslealtad, sino todo lo contrario, un apoyo a la política real, y así lo hicieron ver al desfilar ante Adriano de Utrecht, enviado como representante suyo por Carlos, y cuyo juramento los estamentos se habían negado a aceptar.

Sin embargo, bajo la presión del estamento militar y las informaciones que venían de Valencia, el rey sintió la necesidad de controlar un movimiento que había contribuido a lanzar. El nombramiento como virrey de Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, que traía instrucciones de arrancar el control de la Germanía a la Junta de los Trece, contribuyó de forma decisiva a radicalizar la postura de esta. La manifestación más clara fue el rechazo a la demanda de Mendoza de que aceptaran las instrucciones de la corte en las elecciones de jurados. Profundizando en la política adoptada por el patriciado a la muerte del rey católico, ahora los Trece exigieron e impusieron por la fuerza la presencia popular, con dos representantes,

entre los seis jurados que dirigían la ciudad de Valencia (los otros cuatro se repartían entre los ciudadanos honrados y los caballeros); lograron también una mayor implicación del *Consell General*, con importante representación de los gremios y las parroquias, en la política de la ciudad, antes controlada en exclusiva por el patriciado a través de su monopolio de los puestos de jurados. El nombramiento Joan Caro, uno de los líderes agermanados, para el cargo de racional completó la revolución en el gobierno municipal. Todo ello en medio de una creciente agitación popular que culminó con ataques a las casas de los caballeros, oficiales reales y a la del propio virrey. El choque con el virrey indujo a éste a abandonar la ciudad de Valencia y refugiarse en Dénia, sancionando la ruptura entre la corona y la Germanía.

Carlos exigió entonces la obediencia al virrey, la disolución de la Junta de los Trece, la custodia de las armas en las cofradías, la anulación de la elección de los jurados, y la exigencia de responsabilidades por los excesos. Al conocerse la postura del rey muchos abandonaron la causa agermanada (primavera de 1521). Dentro de ella se produjo una mayor radicalización, que, inspirada por una ideología milenarista, propugnaba la igualdad social y la unidad religiosa; para lograr la primera pedía el fin de los caballeros, hacia la segunda se avanzaría mediante el bautismo de los mudéjares. Sin embargo, la evolución hacia la guerra se produjo, sobre todo, a causa de la extensión de la Germanía por todo el territorio valenciano y en especial por las zonas de señorío. Las reivindicaciones antiseñoriales hicieron reaccionar a la nobleza, con los duques de Gandía y Segorbe al frente, en contra de la Germanía.

Comenzada la guerra en el verano de 1521, la Germanía triunfó en el centro y sur del reino; mientras fue derrotada en el norte por el ejército real que contaba con el respaldo del maestre de Montesa y del duque de Segorbe. Sin embargo, la reacción real desde el reino de Murcia, en la que sobresale la toma y saqueo de Orihuela (30 de agosto de 1521) por las tropas del marqués de los Vélez, marca el comienzo del fin del movimiento agermanado. A las capitulaciones de Alcoi y Ontinyent (septiembre de 1521) seguirá pronto la de la propia capital, Valencia, en la que se había producido un áspero enfrentamiento entre los sectores partidarios de capitular y los seguidores del líder radical Vicent Peris. A pesar de la entrada del virrey el 1 de noviembre, la situación seguirá inestable en la ciudad hasta la muerte de Peris a principio de marzo de 1522. No obstante transcurrirá todo el año antes de acabar con la resistencia, que tiene su centro último en Alzira y Xàtiva. El virrey Mendoza no contaba con fuerzas suficientes para acabar con la revuelta, enquistada por el temor de los líderes a la dura represión que se había ejercido en las poblaciones reducidas y reanimada por el fenómeno del 'encubertismo'. En efecto, tras la muerte de Vicent Peris y con la causa agermanada en declive, surgen personajes que dicen ser el rey encubierto. El primero y principal se dió a conocer en Xàtiva: dijo ser el hijo del infante don Juan, nieto por tanto de los Reyes Católicos y continuador de los Trastámaras. Era una alternativa, desesperada, para una causa agermanada que había roto con el emperador, pero que necesitaba apoyarse en un rey que la justificara.

Una vez capituladas Xàtiva y Alzira a fines de 1522, el virrey Mendoza y su sucesora la reina Germana de Foix llevaron a cabo una dura represión que condujo al patíbulo a los líderes agermanados. Por otra parte, la represión económica afectó a corporaciones gremiales y a municipios agermanados, obligados al pago de importantes multas.